

ENTRE EL FÚTBOL Y EL GLIFOSATO, NO HAY PARTIDO

Son muchos los ciudadanos de la aldea global que consideran inverosímil que el fútbol pierda el partido ante un herbicida. Pero en ambos casos están en juego nuestras vivencias de la globalización. Sentimos la interacción entre lo local y lo global con una intensidad sin precedentes en la Historia humana.

MIQUEL PORTA SERRA

Admiro a quienes rara vez ven un partido de fútbol. Sé que encuentran fábulas, épica y consuelo en otros ámbitos de la cultura, los afectos, la vida... Reconozco que no es mi caso. Peor: para mi asombro, los lunes me siento francamente fatal si mi equipo ha tenido un mal resultado la víspera.

Mas incluso quienes seguimos de cerca las competiciones de deportes, así como –algo menos– las tragicómicas vicisitudes de la política local, podemos reconocer esto: que una ingente cantidad de las horas que a ellas dedicamos –los medios de comunicación de masas y nosotros, las masas– son de una abrumadora inanidad o vacuidad.

Muchas de las horas, los medios y nosotros: inanes. Tantas de esas representaciones deportivas y políticas. Seguro que no hace falta recordar declaraciones de futbolistas antes o después de este o aquel partido, ni gesticulaciones de políticos de casi todo el espectro electoral: son ejemplos tangibles de cotidiana inanidad. Impresionante, cómo tiramos por el sumidero horas de vida. Todo sucede avanzado ya el anhelado siglo XXI, después de tanto progreso, retroceso y tragedia, superficialmente hiperconectados a cada momento en los lacerantes dramas de nuestros hermanos de planeta.

No puedo quitarme de la cabeza el editorial de la sección de deportes que oí la otra tarde en una radio catalana, contraponiendo la supuesta situación del Madrid y del Barcelona tras un resultado adverso de aquél en el Bernabéu (antes del 1-2 en el Camp Nou y lo que vino después): verborrea maniquea, de una pobreza lingüística, periodística, deportiva, psicológica y moral abrumadora. ¿Por qué ocurren estas cosas y por qué las toleramos?

Por tanto, al hablar de inanidad no exageramos: a veces es mucho peor. Lo que escuchamos, leemos y clicamos sobre fútbol y política. O sobre otros temas de “la actualidad”.

Cuidado, no digo que quienes seguimos fútbol y política seamos depresivos alienados. Pero hoy es un proceso significativo en muchas sociedades de la Tierra que durante una enorme cantidad de horas muchos –no todos– aceptamos que las flácidas mangueras de muchos medios “de comunicación” nos rocíen con sentencias, lemas, logos, consignas, poses, escenografías, mensajes, “noticias”... de una sombría vacuidad. Lo aceptamos. Bien sea con superficial interés, distraídos; o con cierta atención, pasivos; incluso activamente, pagando cuotas, comprando partidos; o más infrecuentemente con irritación, si se quiere. ¿Por qué? Desde luego que todo esto nos dice algo sobre nuestras sociedades, sobre nuestro nivel educativo, democrático y moral. Y sobre la condición humana.

Que todo ello tiene causas y consecuencias –estructurales y personales– culturales, psicológicas, filosóficas, morales, políticas y económicas es obvio. Las soluciones, no tanto, aunque las hay.

Como es obvio, y doloroso, que esas horas prestadas sin interés ni rédito a la vacuidad deportiva o política dejamos de dedicarlas a tareas más auténticas y verdaderas, o interesantes, o útiles para quienes nos rodean y para nosotros mismos. Cocinar, hacer compañía, reparar esa lámpara. O dejamos de destinarlas a la música, el cine o la literatura, las plantas y otros placeres del alma, la práctica del deporte o el disfrute de la naturaleza, el silencio, esa organización ciudadana. A la conversación cordial sobre asuntos si no más trascendentes que el deporte y la política, al menos sí más personales, familiares o simplemente humanos; sencillos y útiles o no; cachondos y procaces, si me apuras. Asuntos no por livianos menos plenos. ¿Plenos de qué? De civilidad, afecto, humor, alegría, simpatía, ingenio... Plenos de valores, claro. A su manera modestamente llenos de cultura, pensamiento y, sí, política. Y plenos de *realidad*.

Pues esas horas tiradas también las podríamos dedicar a valorar los efectos *reales* de las instituciones y sus políticas. Los efectos que tienen o no sobre nuestras condiciones de vida y de trabajo, sobre la democracia, la justicia, la libertad, la educación, la alimentación, el transporte, el medio ambiente, la salud pública, la economía o la calidad institucional. Qué poca costumbre tenemos de evaluar y apreciar lo que de verdad ocurre e importa. Cuánta realidad por pensar y vivir.

Pero quiero decir algo más, menos obvio o menos reconocido en los espacios públicos: la atención que prestamos a las representaciones más banales y fútiles de lo deportivo y de lo político (cuyas diferencias y similitudes son tantas) se asocia con frecuencia a estados de ánimo, actitudes y opiniones –por ejemplo, sobre la supuesta incapacidad o inmoralidad de los responsables de gestionar unos y otros asuntos– lamentables. Estados de ánimo y de opinión lamentables por superficiales e incoherentes, viscerales e incluso injustos. Ya que, por ejemplo, si las autoridades deportivas o políticas son tan incompetentes y nosotros nos sentimos tan impotentes ¿por qué les prestamos tanta atención o importancia? Algo falla. ¿Por qué soportamos tantas “declaraciones” que no son más que bazofia? Y encima en medios de comunicación que sostenemos con nuestros sufridos impuestos.

En España y en muchos otros países, la escenografía política que a diario cocinan buena parte de los poderes políticos, económicos y mediáticos suele exagerar hasta el ridículo la influencia real sobre nuestras condiciones de vida de los personajes locales que por aquella transitan gesticulando. Y cuando esa hipertrofia se reconoce pasamos inmediatamente al fatalismo, al derrotismo y a otros estados psicopatológicos más o menos paranoicos o deprimentes: perversos y omniscientes poderes sojuzgan el mundo en general y nuestras vidas en concreto. No somos nada. Nada puede hacerse. Cuando en realidad, todas las empresas del mundo no dejan ni un minuto de velar por su cuota de mercado y su reputación. Por algo será. En el hiperdependiente mundo actual el más leve estornudo puede retumbar en vastas galaxias. Lo sabemos, lo vivimos.

Cual gases tóxicos, esos estados fatalistas se expanden por vastas zonas del ambiente mediático, cultural y emocional colectivo. Pero abundan las excepciones, como por ejemplo los organismos que trabajan para revertir el cambio climático, promover los derechos humanos o desarmar los paraísos fiscales. Así operan también ciertas ONG, tanto locales como transnacionales. Dicho sea sin beatería. Y numerosos periodistas, intelectuales, divulgadores, expertos –y políticos, sí– que a menudo juegan buenos partidos en los medios de comunicación locales y globales. Son actores, organizaciones e intervenciones *glocales* porque en ellas las influencias entre lo global y lo local (con múltiples redes mediadoras intermedias) son continuas, y así las vivimos tantas horas de nuestras vidas. ¡Experimentamos esa interacción entre lo local y lo global con una frecuencia e intensidad sin precedentes en la Historia! En particular, en la historia de la política, la cultura y la psicología humana. (Como es natural, hay períodos de reflujo, insensibilidad y no-respuesta, así como de banalidad y, de nuevo, vacuidad). Sobre tales vivencias individuales y colectivas deberíamos reflexionar mejor. Muchos ya lo hacen.

Así vivimos, pues, el mundo glocalizado

En afectuoso descargo del fútbol: al menos la sofisticada publici-

dad dinámica, lienzos y demás decorados con los que los estadios se atavían cada vez que acogen un partido de la Liga de Campeones no dejan lugar a dudas sobre quiénes invierten más para influir en los hábitos de los habitantes de la aldea. Metáfora y a la vez pura realidad: las escenografías de los poderes globales (empresas, clubes, FIFA y demás). Con millones de espectadores ¿atentos a la jugada, a los goles que les quieren colar? Sería fácil caer en la tentación letraherida y decir: “cada vez que en ellos se representa un partido de la Champions”. Pero soslayaríamos una parte de la realidad: en el fútbol y otros deportes hay muchas similitudes con el teatro, pero también diferencias fundamentales. Y una de las facetas de esa hipnótica realidad es precisamente que a muchos la dramaturgia de esos partidos *glocales* nos seduce y llena –¿no hablábamos de plenitud?– bastante más que otras cosas de la vida real (posible pleonasma).

El día a día del fútbol también es un ejemplo de esa realidad global sistémica que queremos y no queremos ver: la publicidad en las camisetas, los extravagantes propietarios extranjeros y autóctonos, el circo de los jugadores de aquí y allende (ropa, colonias, coches, tatuajes, gestos, rezos)... La cosa no es que no veamos esa realidad: la vemos, no hay opción; la vemos voluntariamente, a la vez con tranquilidad y esfuerzo (casi cada partido es de pago, etcétera). Lo que apenas queremos es darnos cuenta de lo que vemos. O quizá sí y vivimos la realidad *glocal* con más naturalidad de la que reconocemos públicamente.

¿Soluciones drásticas o solo correcciones?

Entonces, quizá la atención a los espectáculos deportivos no es tan lamentable y banal. No lo es en sí misma (responde a necesidades humanas legítimas). No lo es porque no siempre escapamos de la realidad. Desde luego, no es banal porque tiene causas y efectos medulares: tras él hay ingentes inversiones vitales para la economía (tanto para la real como para la ficticia) y para los poderes del mundo; a quienes les va de perlas, sí, la distracción que a las masas nos procura y los hábitos de consumo que logra; y a nosotras las masas, también, pues sacia nuestra ansia de evasión, diversión, identidad, tribalismo y épica.

● “El hombre necesita del juego, la representación y los cuentos”

Que estas necesidades son ancestrales e inherentes a la condición humana, está claro. Que las formas y representaciones son en buena parte nuevas y ambivalentes, también.

La multitud de horas que como personas y sociedades dedicamos a los espectáculos es en buena medida una ancestral y muy humana respuesta al deseo y la necesidad de huir y de influir en la realidad –a la vez. Y, operando en bucles, es a la vez una causa y una consecuencia de las correspondientes alegrías y frustraciones.

Quizá podamos considerar además la posibilidad de esta aparente paradoja: que la devoción por los espectáculos deportivos mundiales surge también de una *conciencia* sin precedentes sobre: a) nuestra pertenencia al mundo sistémico; y b) nuestra insignificancia para pilotar su rumbo. Ambivalente conciencia, pues. Bastante (in)cómoda.

Si algo de cierto hubiera en ello, entonces no sería correcto desdenar el fenómeno de la afición masiva al deporte-espectáculo como pura alienación. Ni buscar soluciones simples. Acaso –atrevámonos a considerarlo– no serían necesarias soluciones “totales”, sólo correcciones. Podríamos aceptar que *están bien* una parte de las horas que dedicamos a esos espectáculos y que *sólo* es necesario reducir las horas de banalidad deportiva en los medios de comunicación públicos. ¿Demasiado conformista?

No olvido que hay formas de inanidad más acá y allá de la política y el deporte. Ni que estaríamos listos si a cada rato quisiésemos vivir hechos o sensaciones trascendentes. Felizmente el hombre necesita del juego, la representación y los cuentos. Alármate, me lo creo tanto que no descarto que a casi cada rato estemos presenciando el mejor fútbol de la Historia...

¿Es exagerado, tímido o justo calificar de inanes a tantas declaraciones pre y post-partido? ¿Son excesivamente duras algunas partes de este texto o son mansas, acomodaticias? Reconozcamos que en gran parte adoptamos una visión u otra en función de nuestra experiencia, pasiones... y problemas. Ciertos *problemas* ponen al del seguimiento

masivo del deporte en un lugar más o menos relativo. ¿Qué problemas? Entremos en otra fase del partido.

Un hecho real (pleonasmos necesario)

¿En qué hecho real y relevante nos podríamos fijar que estemos dejando pasar de largo, cual balón que perdemos a los pies del contrario?

Pues he aquí uno que creo refleja cabalmente tres aspectos comunes a los asuntos que estamos comentando: no es hueco, tiene calado, nos afecta a todos; conocerlo exige que ciudadanos, políticos, medios de comunicación, empresas y organizaciones sociales queramos prestarle cierta atención y esfuerzo; e ilustra bien uno de los pocos caminos de racionalidad y progreso que realmente tenemos en este mundo sistémico: la regulación.

Sí, es poco sexi: el hecho en cuestión es el desacuerdo entre dos poderosos organismos reguladores globales acerca de si el glifosato, uno de los herbicidas más utilizados en todo el planeta, es cancerígeno. Antes de que te vayas a consultar cómo va ese partido: las decisiones de los organismos globales son cruciales para regular o no productos y procesos que escapan casi completamente a los poderes locales. Y no digamos a lo que cada uno de nosotros individualmente puede hacer: que se encuentre o no ese herbicida organofosforado, u otros, en los alimentos y en nuestra orina, un hecho nada raro, depende más de organizaciones como la Agencia Internacional de Investigación sobre el Cáncer (IARC) y la Agencia Europea de Seguridad Alimentaria (EFSA) que de nuestra querida Consejería. Aunque la influencia local no es desdeñable.

Y te lo diré más claro: lo que me interesa aquí –sobre lo que te propongo pensar– es el contraste cognitivo, emocional, político y práctico entre el fútbol y el glifosato, la comparación entre lo que cada tema tiene para ti de atractivo o tedioso, de diversión o aburrimiento, de relevante, de simple o incomprensible, de personal y pasional o lejano y frío...

Como es lógico, numerosas empresas (multi)nacionales y pequeños, medianos y grandes empresarios obtienen ingresos más o menos millonarios o modestos vendiendo o utilizando el herbicida en cuestión u otros miles de productos químicos artificiales (no existen en la naturaleza). Estos hechos “comerciales” tú los verás con buenos o malos ojos, pero de entrada no es obligatorio descartar que al menos parte de tales beneficios sean legítimos y que algunos herbicidas causen beneficios sociales considerables, reales. Y viceversa. Una actitud no tan alejada de la que te permite aceptar que hoy el equipo contrario está jugando mejor que el tuyo. Difícil pero no inverosímil. Como arduo es –o no tanto– intentar que los prejuicios no determinen tanto nuestro análisis de los hechos.

No hace mucho la IARC declaró al glifosato “probablemente cancerígeno para los seres humanos” (grupo 2A). Por el contrario, la EFSA afirmó que es “improbable que suponga un riesgo carcinogénico en humanos”. Esta discrepancia sí es trascendente.

En 2016, durante meses, la Comisión Europea ha estado planteando renovar otros 15 años la autorización de utilización del glifosato en la Unión Europea. El pasado marzo, por ejemplo, el Ejecutivo comunitario pretendía obtener el visto bueno de los estados, apoyado en la opinión de la EFSA. Pero cuatro países anunciaron que rechazarían el permiso: Francia, Holanda, Italia y Suecia. Alemania amagó con abstenerse, un regate interesante. Achicando espacios. Sin garantía de apoyo, la Comisión no se arriesgó a un rechazo directo a la autorización y pospuso la votación. Luego forzó una prórroga de la autorización. En el Parlamento Europeo, ese estadio al que rara vez atendemos, se sucedieron jugadas de bastante interés.

En efecto, no es baladí que, al lado de políticos de centro-izquierda e izquierda, algunos políticos que juegan en equipos formalmente de derechas también se opusieran a renovar el permiso al glifosato. Son de países como Finlandia; su fútbol lo seguimos poco. Esa oposición muestra que hay equipos (¿de derechas?) más audaces en la defensa de la salud pública y el medio ambiente que otras opciones supuestamente de izquierdas.

¿Y qué interés tiene el partido? Objetivamente, mucho. Por ejemplo, que haya más o menos herbicida en tu plato, tu boca y tu orina, circulando por tu cuerpo y el de tu equipo familiar. O que el análisis de la EFSA presenta importantes zonas sombrías: ha tenido en cuenta estudios que no son públicos y que no ha dado a conocer, como tampoco ha informado de todos los profesionales que han intervenido en aquél; en otras ocasiones, sus analistas y directivos han tenido sonados conflictos de intereses. En cambio, el proceso de la IARC es más sistemático y transparente. Hasta incluye representantes de las industrias afectadas. La EFSA ha desdeñado pruebas aportadas por estudios en humanos de que el glifosato es cancerígeno, así como resultados de estudios en animales. A veces se reprocha a la EFSA que no proteja lo suficiente a la salud pública. ¿Es justo?

Pero también podría darse el caso siguiente, y rápidamente diremos que es imposible que esto logre la atención de quien no sea un especialista o un hipocondríaco: a) en Europa se suele prohibir todo cancerígeno de los grupos 2A o 2B de la IARC con independencia de cuál sea el nivel de exposición humana, lo cual podría estar haciendo que en la EFSA moldeen o pasteren los conocimientos científicos existentes para evitar la prohibición del glifosato; y b) también podría ser que la discusión sobre la *clasificación* de un producto que puede aumentar el *riesgo* de cáncer esté dificultando la *caracterización* del riesgo. Son diferencias que parecen sutiles pero son fundamentales, a pesar de que y precisamente porque debajo de ellas hay cuestiones que son técnicamente muy complejas (y aquí te las ahorro). Es decir, puede que en la EFSA consideren que el nivel de exposición humana es demasiado bajo para que suponga un riesgo significativo de cáncer y, por ello, evitan realizar una correcta clasificación del glifosato como cancerígeno. O puede que en la EFSA vuelvan a pesar más los intereses tóxicos que los beneficios sociales y el rigor técnico. De trivial, nada. Nos afecta a todos. Aunque a algunos nos interese menos que el fútbol. ¿Cómo lo vives?

A día de hoy la pelota de uno de los partidos en juego está en el tejado, o en los vestuarios: la capacidad del glifosato para causar

cánceres, mutaciones en células germinales y toxicidad reproductiva está siendo evaluada por la Agencia Europea de Sustancias y Mezclas Químicas (ECHA). Otro regulador clave. En 2017 la pelota volverá a rodar por el césped de los estadios / Parlamentos. En 2018, ya veremos. Mientras, el herbicida sigue aplicándose (o no) en millones de jardines y explotaciones agrícolas. Ciertos medios de comunicación informan bien de los encuentros. Determinadas organizaciones sociales, políticos y ciudadanos los siguen e incluso intervienen en ellos. No es tan difícil. Algunos ayuntamientos y comunidades autónomas han restringido el uso del glifosato. Aplican múltiples alternativas. Y hacen pedagogía ciudadana. La ECHA ha recibido ya múltiples aportaciones de los equipos más activos. Como algunas industrias alemanas, por ejemplo. O científicos independientes.

Fútbol y glifosato: los partidos se juegan

Nos importen de un modo u otro, los partidos están en juego. Si no prestamos atención a los intereses, estructuras, procedimientos y decisiones de los organismos reguladores *glocales* no solo rehuimos lidiar con una parte de la realidad. Y no solo admitimos, de hecho, que somos marginales. Es además lógico que nos embarguen sentimientos –más o menos disfrazados como análisis u opiniones– de desazón e impotencia.

Pero en principio, prestar atención al juego de esos reguladores –e influir en él– no solo es compatible con prestársela al fútbol y a la política local, sino que alivia de los disgustos que nos causan uno y otra. Hay tiempo para jugar cada partido. 🍷

MIQUEL PORTA SERRA ES MÉDICO, INVESTIGADOR DEL INSTITUTO HOSPITAL DEL MAR DE INVESTIGACIONES MÉDICAS (IMIM) Y CATEDRÁTICO DE SALUD PÚBLICA EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA.